

te de aguas vivas en el corazon del hombre, hecho hijo de Dios en el bautismo. Es el espíritu de Dios que habita en nosotros, segun San Pablo (1). Este espíritu, este manantial, forma en el alma rios que son sus dones misteriosos, tesoro inapreciable de sabiduría, de fortaleza, de piedad, de temor de Dios, que dirigiéndose á regar con sus aguas saludables la inteligencia, el corazon y los sentidos, enriquecen al hombre y le sacian con la fe, la esperanza y la caridad, aguas vivas que saltan hasta la vida eterna; es decir, elevan al hombre sobre las miserias de la naturaleza, le hacen vivir vida sobrenatural, vida del mismo Dios, con quien unido por la fe y el amor, forma un mismo espíritu (2). Jesucristo, con su gracia, multiplica esas aguas, y con su doctrina enseña al hombre á aprovecharse de ellas, para ordenar y dirigir noblemente sus pasiones hácia el término de la verdadera felicidad.

Lo hace primero con las aguas de la fe. Ella es la luz verdadera que ilumina al hombre y le descubre su origen, y su término, y el camino que á él conduce. Ella es la ciencia divina comunicada á la inteligencia, para que descubra la verdad esencial, alimento legítimo del alma, y única que satisface su insaciable sed de sabiduría. Ella, despues que pone al alcance de todos los hombres la idea verdadera de Dios, y descubre sus infinitas perfecciones, y explica sus obras, y patentiza sus designios sobre su criatura predilecta, le dice: eres más que cuanto te rodea, eres la imágen del mismo Dios, que te ha dado parte de su inteligencia, de su amor y de su misma vida. ¿Te sientes llamado á la grandeza? Aspira

(1) Rom. V, 5.

(2) I Corinth. VI, 17.

á levantarte sobre ti mismo, busca un término digno de ti, superior á ti mismo. Ese término no es ni puede ser otro que Dios. Si lo buscas en las criaturas, descienes, te rebajas, porque nada pueden darte que sea más que tú: si amas la tierra, te haces tierra; si amas á Dios, te haces Dios (1). Debes elevarte hasta ser como Dios. Has nacido para él, te dice San Agustin; has nacido para llenar de él tu inteligencia, conociéndole; para llenar de él tu corazon, amándole: para gozar de él, poseyéndole (2). Dirije, pues, todas las fuerzas de tu inteligencia hácia esa verdad eterna; las nobles pasiones de tu corazon hácia ese amor y esa vida infinita; las aspiraciones de todo tu sér, hácia esa bondad esencial, inmutable, y esencialmente comunicativa. Poseido este bien, lo posees todo: nada faltará ya á tu corazon; serás feliz.

Lo hace en segundo lugar con la esperanza. ¡Cuán dulces son sus aguas al corazon! ¿Y quién puede darlas sino la Religion de Jesucristo, que presenta al hombre como término de su vida la posesion eterna de Dios? La ley, hermanos míos, la filosofía, la educacion imponen al hombre el deber de sujetar las pasiones; pero ¿qué prometen en cambio? La exencion de una pena, la salud del cuerpo, un nombre, un título vano, una alabanza estéril. Por ello el hombre solo sigue su inspiracion, ú obedece su precepto cuando teme fatales consecuencias, ó le domina el egoismo. El Catolicismo manda lo mismo, pero ofrece un premio real y eterno: la paz del corazon en la tierra, la felicidad de Dios en el cielo. Si

(1) *Amando Deum, efficitur Dii; ergo amando mundum, efficitur mundus.* (S. August., *Serm. 21 de Verb. Evang.*)

(2) *Fecit Deus rationalem creaturam, quæ summum bonum intelligeret; intelligendo, amaret; amando, possideret; et possidendo, frueretur.* (S. Aug., *de diligendo Deo, cap. 2.*)

siembras en carne, no recojerás sino corrupcion, le dice San Pablo. Si siembras en espíritu, recogerás fruto de vida eterna (1): si mortificas tus pasiones, vivirás (2), y tu breve tribulacion, la privacion pasajera de lo que alhaga tu pasion ó tu apetito, se convertirá en peso de gloria infinita (3). Hé aquí por qué al eco de estas palabras el mundo ha visto tantos sacrificios, tanto heroismo en los hombres del catolicismo.

Lo hace, en fin, con la caridad, fuego santo, llama divina, que encendida en el corazon con la contemplacion de Dios y con el recuerdo de sus beneficios, domina todos los sentimientos del hombre, y le hace exclamar como á San Pablo: «El amor de Cristo me apremia (4). ¿Quién me separará de él? (5) Todo lo miro como despreciable á trueque de lograr su amor (6): anhelo hasta morir para estar con Cristo.» (7) Todas las pasiones del hombre se subordinan al amor; y el amor puro y santo, el amor que lleva al heroismo y aspira á un término capaz de llenar todo el vacío del corazon, solo lo engendra el Espíritu de Dios; solo le alimenta y hace fecundo la gracia de Jesucristo.

Así es, hermanos míos, cómo se sustituye en el hombre el agua cenagosa de las criaturas, que desordena y corrompe todo su sér, con el agua viva y celestial de la verdad y del amor divino, que en el corazon saltan con actos repetidos de virtudes, ennobleciendo al hombre y estableciendo el reino de Dios dentro de él (8), á fin de

(1) Gal. VI, 8.

(2) Rom. VIII, 13.

(3) II Corinth. IV, 17.

(4) Id. id. V, 14.

(5) Rom. VIII, 35.

(6) Philip. III, 8.

(7) Id. I, 23.

(8) Luc. XVII, 21.

que no necesite salir de la dulce calma para encontrar el bien á que aspira. Dios mismo ha dicho que vendrá á habitar en el corazon del que le ama (1). Así es como la Religion divina modera las pasiones, impidiendo que se precipiten fuera del camino por donde han de llevar al hombre hasta Dios. Así es finalmente cómo, dando pábulo á la gran pasion que las absorbe todas, sujeta á estas y las hace servir al noble fin para que le fueron dadas.

El mundo recibió esta doctrina, y la humanidad, deseosa siempre de felicidad en medio de su degradacion, al ver la luz que brillaba ante sus ojos, y descubrir el término que el Catolicismo le presentaba, se dirigió á él con todas sus fuerzas. El Profeta habia dicho: «Enviarás, Señor, tu espíritu, y serán creados, y renovarás la faz de la tierra.» (2) Ese espíritu fué enviado á los hijos de Dios por la fe, y la faz del mundo cambió totalmente. La felicidad dejó de buscarse en la tierra para hallarla en el cielo. En consecuencia de ello, principió el libertinaje á ser mirado con horror y como una vil degradacion, y á ser honrada la pureza y la virginidad, porque la Iglesia repite sin cesar las palabras de Jesucristo: «Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.» (3)

Las riquezas ya no se consideran como término, sino como un medio de hacer bien para gozarse en el bien hecho y merecer el bien eterno; porque Jesucristo ha dicho contra la idolátrica pasion de la avaricia: «No pongais el corazon en los bienes de la tierra, donde todo se consume y se acaba; ponedlo en el cielo, donde el te-

(1) Joann. XIV, 23.

(2) Psalm. CIII, 32.

(3) Matth. V, 8.

soro es eterno.» (1) Y al eco de esta palabra, la avaricia ha sido condenada, la limosna mirada como un deber, el pobre respetado, porque Jesucristo se hizo pobre, y le transfirió sus derechos (2). El hombre quiere ser grande. Jesus le dice: «Busca tu grandeza en la perfeccion, en la imitacion de Dios (3). Sé grande en el reino de los cielos, y para ello hazte pequeño, porque el que se humilla será exaltado.» (4) En una palabra: la Religion católica lo dirige todo á la eternidad; al deseo de ella lo subordina todo, repitiendo la palabra de Jesucristo: «¿Qué le importa al hombre ganar todo el mundo, gozar de todo, reinar sobre todo, si al fin pierde su alma y queda privado de la eterna felicidad?» (5)

Los filósofos antiguos agotaban sus fuerzas en busca de un sistema moral que llevase al hombre á la virtud y á la felicidad, y unos tras de otros, empleando siglos enteros, nada lograron. La corrupcion, el desórden de las pasiones era cada dia más horroroso. En un rincon de la Judea se presenta Jesucristo y enseña al pueblo con sencillez admirable: envia doce pobres por el mundo á enseñar como él, y su palabra consigue en breves años lo que en cuarenta siglos no habian logrado los esfuerzos de todos los sábios. ¿No veis en ello el dedo de Dios? ¿Cuán distinto es el mundo despues de Jesucristo, y cuán diferentes los pueblos católicos, de aquellos donde la verdadera fe no ha hecho brillar sus luces civilizadoras? Ese cambio lo ha realizado la moral evangélica, que se resume en estas palabras: Hombres, habeis nacido para

(1) Matth. VI, 19, 20.

(2) Id. XXV, 40.

(3) Id. V, 48.

(4) Id. XXIII, 12.

(5) Id. XVI, 26.

la grandeza y la felicidad; buscadla. La felicidad verdadera no está en el tiempo, sino en la eternidad; no está en la tierra, sino en el cielo; no está en las criaturas, sino en Dios: buscadla, pues, en la eternidad, en el cielo, en Dios. Las criaturas se os han dado para que useis de ellas segun la ordenacion de Dios, á fin de merecer esta felicidad, no para que abuseis poniendo en ellas vuestro término. Las pasiones y su satisfaccion no son el fin, son los medios de llegar á ser verdaderamente felices: dirigidlas, pues, sujetándolas á la razon; someted esta á la Religion, á Dios, y Dios llenará vuestro corazon de su espíritu, y vuestra alma de su amor, y todo vuestro sér de su gracia y de su vida. Para que las pasiones no os dominen y perviertan, mortificadlas, y dejaos gobernar del espíritu de Dios, acreditando que sois sus hijos (1). Todo entonces os servirá para el bien (2); y lo que goceis y lo que sufris, lo que os alhague y lo que os humille, todo os servirá para uniros á Dios, para haceros perfectos á imitacion de él, para ser poseedores de la paz y de la bienaventuranza, dignos de su amor y de su felicidad eterna.

Esta doctrina, y el espíritu de Dios que la infunde, y la gracia que la hace fecunda, forman el agua que Jesucristo ofreció á la Samaritana, y despues á cuantos le escuchaban en el templo. Al descubrir la luz divina, aquella mujer dejó su cántaro y corrió á la ciudad, y ella, con todos sus conciudadanos, vinieron en busca del que tal agua prometia (3). Dejemos tambien nosotros el cántaro de la concupiscencia, renunciemos á ella y corramos á Jesus. Los que bebieron de esa agua se hicieron

(1) Rom. VIII, 14.

(2) Id. id. 28.

(3) Joann. IV, 40.

grandes, viviendo según Dios, se hicieron santos: y ellos eran como nosotros, algunos tal vez en sus principios peores que nosotros. Vedlo en Pablo, en Agustín, en Magdalena y en tantos otros que, como ejemplos, nos ofrece la historia. Sigamos nosotros ese camino, haciéndonos sordos al canto de sirena de la filosofía anticatólica y corruptora de nuestro siglo, que blasonando progreso, quiere hacer retrogradar al mundo al estado que tenía antes de Jesucristo, á la vida del egoísmo y de las pasiones. No nos apartemos del camino trazado por el restaurador de todas las cosas en el cielo y en la tierra, por el que con su doctrina y con su gracia ha formado los grandes héroes que admiran las generaciones. El que quiera venir en pos de mí, dice Él, niéguese á sí mismo y á sus pasiones desordenadas, tome su cruz para vencerlas y triunfar, y sígame (1) por el camino de la humildad y del sacrificio; de este modo logrará su completa regeneración, será bienaventurado y participante de mi felicidad y mi eterna gloria.

(1) Luc. IX, 23.

QUINTO SERMON.

Jesucristo eleva al hombre y le deifica con la gracia que le comunican los Sacramentos, y especialmente la Sagrada Comunión.

*Gratia Dei sum id quod sum.....
Non ego, sed gratia Dei mecum.
(I Cor. XV, 10.)*

Dios nos eligió desde la creación del mundo, dice San Pablo, para que seamos santos é inmaculados en su presencia, predestinándonos para la adopción de hijos suyos en Jesucristo, á fin de manifestar en nosotros las magnificencias de su gracia (1). Esta es la voluntad de Dios, nuestra santificación (2). Sereis santos, había dicho ya en la antigua ley, porque yo soy santo (3). Sed perfectos, añade en la nueva, como vuestro Padre que está en los cielos (4). Sed imitadores de Dios, como hijos suyos muy amados (5). ¡Qué grandeza, hermanos míos!

(1) Ephes. I, 4, 5.

(2) I Thessal. IV, 3.

(3) Lev. XI, 45.

(4) Matth. V, 48.

(5) Ephes. V, 1.